Cuerpo y alteridad en psicoanálisis

Alfredo Emilio Huerta¹

*Cuerpo Académico UMSNH-CA-117 Estudios sobre teoría y clínica
psicoanalítica. Facultad de Psicología de la Universidad
Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*

Resumen

El estudio analítico de algunos enigmas relacionados con la alteridad, nos muestra que la práctica analítica, a diferencia de la ciencia, no busca siempre su resolución objetiva. El sujeto cartesiano es una solución temporal, un andamio, a la pregunta por la garantía de la constitución del sujeto. Jacques Lacan habría avanzado algo en la formulación de su problemática; ese avance no dejará de ponerse en marcha en cada análisis de la transferencia.

Palabras clave: Sujeto cartesiano, alteridad, cuerpo.

Abstract

The analytical study of some puzzles related to otherness, show to us that the analytical practice, unlike science, is not always looking for objective-decision. The Cartesian subject is a temporary solution, scaffolding, to the question of the guarantee of the constitution of the subject. Jacques Lacan have made some progress in the formulation of their problems, that progress will not fail to be implemented in each analysis of the transfer.

Keywords: Cartesian subject, otherness, body.

El sujeto que Descartes delineó y finalmente produjo, según la forma en la que una ficción es creada, tiene la consistencia de un sujeto inmerso en una condición particular e inédita; se trata de una criatura radical formulada para asegurarse contra un obstáculo del que el mismo Descartes buscaba deshacerse al tiempo que lo acentuaba como un componente que va a terminar por determinar y dar forma acabada a los contornos de

¹ Correspondencia: aehuetaa@yahoo.com

un sujeto: la duda. Se trata, en este movimiento de producción de un sujeto, de una confrontación que hace aparecer una emergencia.

Si es cierto que la duda radical, que condujo a Descartes al *Cogito* y a delinear los contornos de un sujeto que ignora los datos más elementales de la experiencia o la existencia, fue la condición necesaria para la aparición del sujeto de la ciencia, será posible examinar algunos de los momentos de esta invención que guarda una relación de similitud sorprendente con el narcisismo freudiano. Acerca de la radicalidad de este sujeto, Hannah Arendt escribe:

La res cogitans cartesiana, es una criatura ficticia, sin cuerpo, sin sentidos y completamente desamparada, no podría saber si existe algo como la realidad, ni sospechar la posible distinción entre lo real y lo irreal, entre el mundo común de la vigilia y el mundo privado de los sueños (1996, p. 76).

Sin cuerpo y sin sentidos; recuérdese que Descartes reduce todo el plano de la sensación a un pensamiento; la *res cogitans* no siente, sino que *piensa que siente, que se percibe antes que nada o en última instancia, pensante*. Se trata de un sujeto radical al cual Lacan va a identificar con el sujeto de la ciencia en tanto que Descartes habría delineado un sujeto que no cesa de dudar y que en este movimiento mismo de infinita cogitación se muestra también como un sujeto que por la duda misma pierde toda posibilidad de acceso a la verdad en el momento mismo en que asegura la certeza científica a la que lo conduce el método. Es justamente en ese terreno donde se tendrá que transitar para aclarar la identificación entre ese sujeto cartesiano, entre la *res cogitans*, y el yo sumido en el narcisismo.

Lacan, en un escrito de 1936, *Más allá del principio de realidad*, destaca la importancia y el valor de la imagen para el psicoanálisis; hace de la imagen un elemento principal de la cura analítica debido a que le es asignada el valor de una forma que debe ser restablecida en la interlocución con el analista; éste se presta a una operación de restitución de una imagen y a partir de esta operación va a determinarse de ahí en adelante *la tarea misma* del analista que por tanto no está prefijada sino que se determina a partir de la puesta en operación de la conformación de la imagen. El texto de 1936 abre, al final, dos preguntas que Lacan no res-

ponde ahí pero que por su apertura misma mueven a un intento de solución. En primer lugar pregunta cómo es que se constituye el conocimiento universal a través de las imágenes. La segunda pregunta versa sobre cómo se constituye el yo a través de las *imago*s en las cuales se reconoce el sujeto.

La comparación, o más bien la utilización del sujeto cartesianamente delineado no puede, sin embargo, dar una respuesta a estas preguntas en la medida en que la *res cogitans* está sumida en una tensión que no permitiría, como he escrito citando a Hannah Arendt, salir de una ficción narcisista que lo encierra en el pensamiento mismo y lo aísla de toda realidad de existencia, el sujeto cartesiano está expulsado de la alteridad.

La observación analítica de Freud aporta algunos fundamentos para responder a las preguntas que hace Lacan y que son retomadas aquí. En su ensayo sobre las *Teorías sexuales infantiles* de 1908 escrito a partir de la construcción de un caso de neurosis infantil, Freud hace notar que la curiosidad del niño no es un dato que provenga de su naturaleza, sino que, por el contrario responde a la aparición de los celos infantiles que generalmente son activados por el complejo fraterno. El niño es forzado a un desplazamiento que lo sacará de su posición narcisista por el arribo de un recién llegado, un hermano por ejemplo; esta situación conduce al ahora desplazado a una serie de preguntas como posiblemente serían las referidas al origen del intruso, de los niños, es decir una serie de preguntas que inauguran una teorización sobre su posición ante el objeto, resaltado por una disputa fraterna. El objeto, paradigmáticamente el seno, y su inserción a partir de allí como objeto de deseo y disputa será el inicio de una dialéctica social marcada por este modelo en el que el objeto de deseo emerge a partir de una lucha de rivalidad, como escribe Lacan en su texto *El estadio del espejo* de 1949, en el sentido de que el estadio del espejo culmina en esta dialéctica que precipita al sujeto sobre una serie de situaciones *socialmente elaboradas*. El origen del *conocimiento universal* está marcado por la aparición del objeto, del yo y del otro que en cierta medida orienta mediante los celos primordiales la elección misma y la posición que un sujeto guarda en relación al objeto y al deseo; una epistemofilia que refiere la inscripción pulsional de un deseo de saber a partir de la cual todo sujeto se halla en relación, precisamente, con un saber:

El esfuerzo de saber de los niños en modo alguno despierta aquí de una manera espontánea, por ejemplo a consecuencia de una necesidad innata de averiguar las causas, sino bajo el aguijón de las pulsiones egoístas que los gobiernan: cuando –acaso cumplido el segundo año de vida- los afecta la llegada de un nuevo hermanito [...] El retiro de asistencia por los padres, experimentado o temido con razón, la vislumbre de que estará obligado a compartir para siempre todo bien con el recién llegado, tienen por efecto despertar la vida de sentimientos del niño y aguzar su capacidad de pensar (Freud, 1908/2006, p. 104).

En cierta forma una de las respuestas a las preguntas abiertas en el escrito de 1936 están, como se ha dicho, contenidas en el trabajo de Freud; la aparición del objeto y del rival es una aparición que se produce necesariamente en el registro de la imagen y que revela el poder de ésta en lo que se refiere a la transformación del sujeto a partir de las imágenes identificatorias. También en un texto casi contemporáneo al *Mas allá del principio de realidad*, del propio Lacan: *Los complejos familiares*, publicado en 1938. En el segundo capítulo, que Lacan titula *El complejo de intrusión* aparece una primera problematización que tiene por objeto la imagen del semejante y el estadio del espejo. Esa imagen, explica Lacan, se ubica en una tensión narcisista en la que la agresividad funciona como *telón de fondo*, es decir que es secundaria a la identificación. “La agresividad, sin embargo, se muestra como secundaria a la identificación, sobre todo en la situación fraterna primitiva” (Lacan, 1938/1987).

En cuanto al estadio del espejo, su relación con la identificación es la de un surgimiento de una imagen en el cual subyace la agresividad de manera secundaria; es una escena de reconocimiento que el sujeto lleva a cabo cuando de cierta manera encuentra la imagen de su cuerpo proyectada en una pantalla; ahora bien, este reconocimiento tiene para Lacan consecuencias significativas: la primera es que el yo está estructurado como una forma narcisista, se puede hablar de una estructura narcisista del yo. De esta proposición es posible extraer otra: *que no, por haber ahí un reconocimiento, el yo se constituye, ya, en este reconocimiento, como otro*. En el estadio del espejo la alteridad está excluida:

Estructuración narcisista del yo. *El mundo que caracteriza a esta fase es un mundo narcisista. Designándolo así no nos referimos solamente a su estructura libidinal mediante el término al que Freud y Abraham asignaron desde 1908 un sentido puramente energético de catexia de la libido sobre el cuerpo propio; queremos penetrar también su estructura mental con el pleno sentido del mito de Narciso, tanto si ese sentido indica la muerte –la insuficiencia vital de la que ha surgido ese mundo–, o la reflexión especular – la imago del doble que le es central- o la ilusión de la imagen que de todas maneras y en todos los casos, ese mundo narcisista como lo veremos no contiene al prójimo (Lacan, 1938/1987, pp. 55-56)*².

Aquí nos encontramos en un momento previo al de los celos fraternos descrito por Freud. Este primer tiempo inicia la formación del yo y Lacan lo fundamenta de la siguiente forma:

En efecto, la percepción de la actividad del otro no es suficiente para romper el aislamiento afectivo del sujeto. Mientras la imagen del semejante desempeña solamente su rol primario, limitado a la función de expresividad, suscita en el sujeto emociones y posturas similares, en la medida al menos en que la estructura actual de sus aparatos lo permite. Pero mientras sufre esta sugestión emocional o motriz el sujeto no se distingue de esta imagen misma. Más aun, en la discordancia característica de esta fase la imagen se limita a añadir la intrusión temporaria de una tendencia extraña. Designémosla como intrusión narcisista; de todas maneras, la unidad que introduce en las tendencias contribuirá a la formación del yo. Sin embargo, antes de que el yo afirme su identidad, se confunde con esta imagen que lo forma pero que lo aliena de un modo primordial (Lacan, 1938/1987, p.56).

Esta extensa cita de Lacan explica entonces un primer momento de la formación del yo que tiene como resultado un sentimiento de intrusión que distingue una forma de unidad que da pie a la formación posterior. Hasta aquí la identidad del yo, su afirmación simplemente está ausente. Lo que permite esta afirmación de la identidad, es el drama de los celos,

² El subrayado es mío.

en el que el objeto de satisfacción es poseído por el otro, por un semejante, un prójimo que va a introducirse como una segunda persona y a transformar la situación toda de ese narcisismo primario que tiene como rasgo definitorio la ausencia del prójimo. Hay ahí un pasaje, un salto de una imagen a una *alteridad* que, a partir de ese salto, está plenamente presente y que plantea una solución al enigma cartesiano. En palabras de Lacan: “El sujeto encuentra al mismo tiempo al otro y al objeto socializado” (ibíd.).

La formación del yo se precipita en dos momentos, en una consecución que Guy Le Gaufey (2003) describe como, primero, el surgimiento de una unidad inédita que delinea una formación (una forma) y una alineación a esa forma, “una unidad sumergida en un mundo narcisista” en la cual el alguien está ausente (momento análogo al de la *res cogitans* cartesiana):

Detengámonos un momento en este valor de la imagen y en su importancia en lo que se refiere a la formación del yo, al cual encontramos conformado en la sucesión de dos momentos; en el primero de ellos aparece la emergencia de una unidad, la cual se ha descrito como anti-nómica, que implica la formación y alineación del yo; una unidad que expresa Lacan, en ese primer momento, estaría “sumergida en un mundo narcisista”, comparable al sujeto, escribe Le Gaufey, que Descartes nos entrega en sus <<meditaciones>> (Le Gaufey, 2003, p.82).

Segundo, la distinción progresiva de esta imagen, primero narcisista-espeular de la imagen del semejante en un segundo momento que atraviesa el drama de los celos que termina por conformar, como explica Lacan, un *arquetipo de los sentimientos sociales* y que va a establecer un lugar en el campo de las coordenadas gramaticales dentro del campo deíctico, es decir, que va a introducir al sujeto en el espacio gramatical, sintáctico, fonético, que se conforma a partir del significante, nos conduce a una pregunta. ¿La solución de la salida del narcisismo, es también la resolución al problema del solipsismo del *cogito*? La respuesta a esta pregunta debe ser afirmativa, por qué no. Lacan, en su cartesianismo, habría empujado a la *res cogitans* fuera de su mundo narcisista.

De lo hasta aquí avanzado es posible decir no sólo que lo imaginario no es lo real en el sentido de que lo real se sustrae de la imagen (en el narcisismo el otro no está contenido en la imagen). ¿No hay ahí un vacío,

una especie de punto ciego? Si no recuerdo mal, a mitad del seminario de 1962 que Lacan dedicó a la angustia y después de un viaje por el oriente, concretamente por Japón, va a relatar su experiencia de haber contemplado el rostro de una estatua de Buda y explica que el tercer ojo que se sitúa justo en medio de la frente de la representación del Buda corresponde a un antiguo deseo, mítico, que intenta completar un vacío constitutivo de la mirada, un punto ciego: un resto que la mirada no aprehende y que es, ese resto, lo que ese año 1962 inventa y desarrolla como el objeto *a* minúscula.

La imagen del cuerpo propio es una construcción, como se ha visto, que termina por *delimitar* el cuerpo disociando la experiencia sensible. Ahora se tiene que tener en cuenta que *delimitar pertenece al campo de la representación*. A diferencia de lo sensorial que implica una fragmentación, un caos en el plano de la imagen, la representación del cuerpo propio tiene el carácter fundamental de la delimitación de un campo.

En términos freudianos se puede pensar a la representación inconsciente como aquella que condensa las huellas de percepción, “mnémicas” en *una* misma representación. Podemos avanzar un tramo diciendo, entonces, que lo *uno* no está dado como un dato primario de la naturaleza en el nacimiento, sino que corresponde a la aparición de la representación, pero también a la aparición de un sujeto para quién esa representación representa algo.

Tenemos, pues una triple emergencia del sujeto, de la representación y del algo, a saber del objeto. También que ese *uno* no por estar presente en la constitución del yo, contiene necesariamente al prójimo; se trata de una incitación de la que Freud y Lacan tomaron nota: el prójimo no contenido en el narcisismo puede ser introducido en el análisis.

El analista opera en una dirección que conduce al analizante a una erótica que no es la del narcisismo; abre el espacio a la alteridad y la satisfacción de la libido en el cuerpo del Otro sexo. El enigma de Descartes no está resuelto del todo pero Lacan ha dado un paso más y su enseñanza no deja de incitarnos a su reformulación.

Referencias

Arendt, H. (2002). *La vida del espíritu*. Barcelona: Paidós.

- Freud, S. (1908/2006). Sobre las teorías sexuales infantiles. En *Obras Completas*, vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1938/1987). *La familia*. Biblioteca de psicoanálisis. Buenos Aires: Argonauta.
- Le Gaufey, G. (2001). *El lazo especular*. Argentina: Edelp.